

CANTOS EN TERCINAS

Nikos Kazantzakis

Traducción e introducciones Miguel Castillo Didier

Las *Tercinas o Cantos en tercinas* de Nikos Kazantzakis son 21 poemas escritos en la estrofa de la *Divina Comedia* entre noviembre de 1932 y julio de 1937. Como lo anota E. Kasdaglis¹ el poeta comenzó a escribirlos en una situación espiritual especial, bajo la conmoción que le produjo la muerte de su madre, y mientras “bullía” en él el ritmo del endecasílabo, que había trabajado afiebradamente, al escribir en cuarenta y cinco días su primera versión métrica de la *Divina Comedia*. A la vez, el eco de su gigantesca *Odisea*² cuya tercera versión (de cerca de cuarenta mil versos) había terminado hacía poco, estaba obsesionadamente presente en su alma. Lleno de ideas e inquietudes que lo atormentaban, buscando pero no hallando tranquilidad en la creación literaria, viaja a España, país en cuya historia y cultura veía contradicciones y paradojas dolorosas, que en algún modo poseían cierto paralelismo con las que él sentía. Su *Antología de la poesía española contemporánea*, en dos volúmenes, será uno de los productos de su travesía por la Península Ibérica. Y también allá, en Madrid, escribirá su primer *Canto*, el dedicado al gran desterrado, a Dante, al maestro del endecasílabo y de la tercina. Lo evocará, con su ardiente sed de justicia y su lancinante dolor de desterrado:

Cual sepulcros se abrieron sus entrañas
y en su interior brotó un ronca voz:
“¡Que no muera, mi Dios, sin arrojar
al azufre y la pez mis enemigos!
¡Lo escribe el alma, no lo borra Dios!”
Sed de venganza, maldición y cólera,
su corazón, costal de larvas, se agitaba,
y su alma silbaba como un áspid.

Con *Dante*, en noviembre de 1932, en Madrid, se iniciará la serie de veintinueve poemas, que Kazantzakis dejó al parecer, listos para su publicación,

¹ Kasdaglis E.J., Nota a Kazantzakis Nikos, *Tercinas*, Atenas, 1960, p. 181.

² Ver Kazantzakis Nikos, *Odisea*, Introducción, traducción, síntesis y glosario de M. Castillo Didier, Edit. Planeta, Barcelona, 1975. Véase también: Castillo Didier M. *El tiempo, la muerte y la palabra en la Odisea de Kazantzakis*, Santiago, 1976.

pero que no llegó a editar. Esta colección, más el breve opúsculo “poético-filosófico” *Ascética*³ escrito en 1923, y la oceánica *Odisea*, comenzada en 1924 y publicada en 1938, constituyen en cierto modo la síntesis de las inquietudes espirituales de Kazantzakis, la suma de las ideas que lo obsesionaron durante toda su vida, y que de un modo u otro⁴ aparecen y reaparecen a lo largo de su obra, agobiando al escritor con una tensión verdaderamente trágica⁵.

El subtítulo que debía llevar la colección de poemas en tercinas es significativo: *Cantos a los guías del espíritu humano*. Se trataba, pues, de los personajes más admirados por el poeta cretense, aquellos de los cuales Kazantzakis toma ideas, valores, ejemplos, actitudes. La diversidad de los nombres que componen esta serie es elocuente. Desde Cristo hasta Buda, desde Alejandro Magno hasta Lenin, desde Santa Teresa hasta la esposa y compañera Heleni Samíu, desde Moisés a Gengiskán.

En la vorágine de la nada final, de la efimericidad de todo lo humano, el escritor trata de aferrarse a algo. A qué, puesto que todo es nada finalmente. A la grandeza trágica del hombre, a su capacidad para crear y luchar a pesar de ser polvo pasajero. La creación de Dios por el hombre, aquello a que aludía el subtítulo de la *Ascética*, “*Salvadores de Dios*”, salvadores de Dios, está presente en los *Cantos*:

Ah, si pudiera, oh Dios, tomar arcilla,
llama, aire y espíritu y forjarte (*Tercina*, 123-4).

La lucha sin esperanza por una gran idea constituye un rasgo de ma mayoría de los personajes admirados por Kazantzakis. Quizás el mundo califique de locura esa gran idea. Es el caso de Cristóbal Colón, que inspiró al autor cretense la impresioante tragedia de ese nombre; de Don Quijote, tenido por loco no sólo por el mundo, sino por su propio creador. Es a él a quien se dirigen las palabras de Kazantzakis, quien lo admira como combatiendo por el más noble ideal.

¡Adelante, sin esperanza alguna
de que los ojos vean lo anhelado un día,

³ *Ascesis Salvadores Dei*, trad. de Enrique de Obregón, Introducción de Azis Izzet, Edit. Planeta, Barcelona, 1968.

⁴ Al respecto, es muy iluminador el libro del escritor cretense y gran amigo de Kazantzakis, Pandelis Prevelakis, *El poema y el poeta de la Odisea*, Atenas, 1958. Ver también Kazantzakis Eleni N., *Le Dissident Biographie de Nikos Kazantzakis*, Plon, París, 1968.

⁵ Ver el hermoso y extenso libro del poeta Nicéforo Vretakos *Nikos Kazantzakis: su agonía y su obra*, Atenas, s.f.

lucha tú bravamente con la lanza! (*Don Quijote*,

El hombre lucha contra lo imposible, llevado por esa llama inexplicable, que Kazantzakis admira por sobre todo, como lo expresa en un verso de la Odisea:

No amo al hombre: amo la llama que lo devora.

Uno de los esos imposibles es Dios mismo, existente o no, creado o no por el propio hombre. Ser feroz para muchos, como el Dios del antiguo Testamento, que agobia a Moisés, y al cual el poeta quisiera imaginar bueno y dulce, como él lo “crearía”:

Serías puro, bueno; el corazón
embrujado se dulcificaría
y la negra rueda de la injusticia
un buen día rosada volveríase.

En el poema dedicado a Buda, podemos ver cómo “el pensamiento búdico pareció para Kazantzakis ser una de las formas de espiritualidad más próximas a su sensibilidad”⁶. El mundo es una creación efímera de la mente de Buda. Todo es apariencia, que dura lo que un relámpago. Es Buda quien dice a su propio espíritu:

Gracias, mente, que, erguida en la caverna,
de la testa, faquir en la era santa,
engendras todo el reino abigarrado
de tierra y cielo, y sostienes al sol,
volantín leve en la tormenta oscura.
Un rato con espíritu y arcilla
del tiempo en la ribera plasmas juegos;
soplas sobre ellos y cobran impulso,
del viento anillos glaucos, retorcidos.
¡Soplas de nuevo, mente, y se borraron! (*Buda*, 66-75).

En el caótico imperio de la nada que es el mundo, aparece la efímera conciencia de cada hombre. La mayoría de ellos son arrastrados por un destino

⁶ Kazantzakis N., *Théâtre Boudha*, Introducción de Jacqueline Moatti, p. III.

ciego y no alcanzan siquiera a darse cuenta de lo fugaz de la existencia y de lo trágico de la nada que sigue a ella. Algunos se rebelan, se aferran a una idea, por la cual luchan tenazmente, consumiendo sus vidas en ese fuego. Y así la existencia parece tener algo de eternidad:

La vida es un relámpago, mas basta
para beber la fresca agua inmortal (*Buda*, 89-90).

Hay quienes, como Gengiskán, en esa lucha, desafían al mismo Dios y le exigen dejarles el imperio de la tierra:

Con el Señor discute todo el día
y el cuello se le henchía de la ira:
“No vayas más allá, mongol del cielo;
dos patronos no caben en la tierra:
el aire azul a ti y a mí la tierra” (*Gengiskán*), 5-9).

Mahoma, en cambio, cercado por la muerte en medio de la avasalladora expansión de la nueva fe a la que ha dado forma, clama al cielo por un poco más de vida:

¿Por qué, mi Dios, me llevas? que mi entraña
aún no está marchita, más florece;
y si dices que me amas, ¿por qué – clamo –
con tu mano derecha me das muerte? (*Mahoma*, 144-7)

Como Moisés su desierto y Colón su océano, cada uno de los guías del espíritu humano ha tenido su campo de lucha. El de Santa Teresa es la seca tierra de Castilla:

¡Desnuda, esbelta y agreste Castilla!
Era que barre el vendaval del sur
con sus barbas de hielo hace sonar
cavernas, grutas... (*Santa Teresa*, 1-4).

Los arenales de Arabia son el solar que le tocó a Mahoma para su batallar:

¡Mujamedú rasul Alah!, la entraña
de la islámica arena suavemente
el vaho matinal rosáceo clama.
Con júbilo, el desierto, esa tigresa estéril,
Alarga sus rojizas patas... (*Mahoma, 1-5*).

También es duro el ambiente en que Moisés debe conducir a su rudo
pueblo, bajo las órdenes de un Dios feroz:

Dios en los riscos, en las altas rocas,
se ha sacudido al mediodía, y sus barbas
nevadas por las cumbres despeñáronse.
Relámpagos azules arrojaban
sus ojos abisales, y peinaban
los peines ígneos la arena de los montes.
Cual gigantesca mariposa el día
se balanceó en el aire con temor
y hormigueó la corteza de la tierra.
Aquietóse la turba y un terror
misterioso sentía que bajaba
de lo alto del éter inflamado (*Moisés, 1-12*)

En *Cristo*, un panorama de paz es el marco de la meditación angustiada
de Jesús:

Como el dulce pecado descendió
lenta a la tierra la liviana noche
y el canto del crepúsculo elevóse.
Dos rosas en jardines alejados
tremolaron y el aire perfumóse.
Quedamente la rueda celestial
con sus clavos de plata innumerables
con la divina mano santa se movió:
estremecióse el universo sometido
y el primer astro risueño apareció (*Cristo, 1-10*).

Variada es la galería de personajes a los que canta Kazantzakis como “guías del espíritu humano”. El primero de ellos no es precisamente un humano. Es la tercina, la estrofa de Dante:

“Mujer apasionada, doña y sierva,
arcilla milagrosa, honda fragata,
e hijo tú, voz dulce de la vida,
perenne sagrado cirio de nuestra lucha,
mil veces enhorabuena te he encontrado,
¡mi tibia Santa Trinidad de tierra!
Abrázate a mi mente como hiedra,
tercina, mía, enhiesta, bien tejida (*Tercina*, 37-44)

Y el último personaje, si no contamos al propio poeta, que aparece en el canto *A sí mismo*, es el Capitán Miguel, del poema *Abuelo-padre-nieto*, escrito en julio de 1937. Este canto nos recuerda algunas de las escenas que plasmarán mucho más tarde en la novela *El capitán Miguel* (traducida como *Libertad o muerte*). Entre ambos cantos, se suceden los dedicados a *Buda* (1934), *Cristo* (1937), *Gengiskán* (1933), *Jinteyoji* (1936), *Toda Raba* (1936): la novela homónima había sido escrita y publicada en francés a comienzos de la década⁷. *Dante* (1932)⁸, *Shakespeare* (1936), *Leonardo* (1936), *El Greco* (1936): fue incluido por Kazantzakis en la redacción de su última obra, editada póstumamente: *Carta al El Greco*, *Santa Teresa* (1933), *Helena* (1934, dedicado a la escritora Heleni Samíu (después Heleni Kazantzaki), *Psijaris* (1933), el gran luchador por el reconocimiento de la lengua griega hablada, *Abuelo-padre-nieto* (1937) y *A sí mismo* (1934).

Los cantos permiten conocer un poco más lo que fue su espíritu inquieto y polifacético.

⁷ En traducción de Hernán del Solar, *Toda Raba* fue publicada en Santiago de Chile, por editorial Ercilla, en 1936.

⁸ *Dante* fue publicado en castellano en Santiago de Chile, en traducción y con estudio de M. Castillo Didier: *Boletín de la Universidad de Chile*, Nos. 78-79, 1967. Con estudio más extenso fue republicado en revista *Sigma*, Colegio Universitario de la Región Capital, N° 2, Los Teques, Estado Miranda, Venezuela, 1977.

CRISTO

Cristo fue escrito entre mayo y julio de 1937 y está dedicado a Jorge Papandreu, político de larga trayectoria. Personaje admirado por Kazantzakis desde la niñez, Cristo aparece en este poema en una breve “escena” solitaria. Sentado junto a la fuente a poco de haber hablado con la samaritana, Jesús reflexiona y habla a su Padre, pidiendo aquello que para el poeta era consecuencia del mandamiento del amor: el perdón para todos, el Paraíso para todos, buenos y malos, hombres y animales. El amor y la admiración por el mundo creado por Dios lo lleva a preguntar si no será la misma tierra el Paraíso. Pide al Padre que diga el “sí” y la tierra toda -buena, mala, dulce, amarga- será santa. Pero la respuesta llega en forma de una lágrima de Dios. Es, pues, negativa. Y, entristecido y cabizbajo, se queda Jesús sentado junto a la fuente.

Como el dulce pecado descendió
 lenta a la tierra la liviana noche
 y del atardecer la melodía alzóse.
 Dos rosas en jardines alejados
 5 tremularon y el aire perfumóse.
 Quedamente la rueda celestial
 con sus clavos de plata innumerables
 con la divina mano santa se movió:
 estremeciósse el universo sometido
 10 y el primer astro apareció risueño.
 Sonríe virginal la madre tierra
 a la caricia del nocturno Dios
 y se mecen las verdes sementeras.

Y está sentado Cristo ante la fuente
 15 del desierto, inclinado y meditando:
 a la muchacha de pecho desnudo
 la escucha aún en la penumbra hablarle
 de sus muchos maridos, y con miedo
 se acuerda de sus senos y sus labios.
 20 ¡Del deshonor se perderá en la senda!
 ¡Ah!, Dios, si yo pudiera las aldabas
 abrir del Paraíso, suavizar
 la ley y desde todos los caminos
 buenos, malos, que vengan, Padre mío;
 25 y a tu casa entren todos los viandantes.

- Sus ojos a la tarde la contemplan
cual perdiz de patitas coloradas
temblar, doblarse, y más allá, gusanos
felposos encenderse entre las yerbas
30 y siempre enamorados, las luciérnagas.
Ya luces en la aldea aparecieron;
hora muy dulce, y las cuitas del día
olvidan las parejas, y en jardines
se sofocan las niñas, se desatan cintos.
- 35 Han callado las flautas pastoriles;
silencio azul, pasa la noche pálida;
mas distinguía Cristo aún el velo
de la mujer en su mente temblar.
Se inundaron sus ojos, se diría
40 para siempre, al anochecer, desesperado,
de adioses vibra un amargo pañuelo.
Misterio es velloso y perfumado
-pechos, caderas y labios y cuello-
la siempre oscura flor de la mujer.
45 Se asusta, porque suave lasitud
siente en los brazos, muslos y la médula.
“Dios mío, compadece”, Jesús gime,
“compadece el deseo de los hombres,
y permite que todas las mujeres,
50 con esta joven adelante, altivas,
entren a los jardines divinales,
límpidas y pintadas y fragantes”.
- Rosados, amplios, en su entraña se abren
del Paraíso los portones y entran
55 en turba apuestos mozos y morenas:
bebidos, rien, cantan y salpican
a los santos ascetas con azahares.
Un Padre ha devenido Dios y curan
sus dichas los humanos sufrimientos;
60 la ira ríe y ríe la mente,
la espina crece y albo lirio da.
- De la fuente en el borde posa el joven
la mano, y escucha sobrecogido

trinar la alondra en la noche tibia.
65 “¡Padre, Dios mío!”, clama conturbado,
“manifiéstate al mundo bueno y suave,
en favor de la alondra, de esa especie
volante que ha brotado de tu arcilla
- los halcones, los buitres, zopilotes -
70 que entre íntegra en tu Paraíso!”

Lejos en los barrancos de la aldea
se oyó a un chacal aullar agudamente;
hambre tendría y buscaría en grietas
comer algo también de la piedad divina.
75 “Tampoco olvides al chacal, mi Dios”,
dice en la sombra Cristo, temeroso,
“en tus patios magníficos acéptalos,
y entren lobos, leones y raposas,
¡y de la creación todas las fieras!
80 Que los ángeles bailen con los simios,
y se llenen las barbas nuevamente
de los ascetas con azules mariposas.
La oscura víbora vestido de oro tome:
que con su cauda ella también pase
85 erguida al cielo, gran constelación.
Amplio es el corazón y dentro, Padre,
todo lo quiere, lo contiene y lo perdona;
y todos, buenos, malos, hijos suyos”.

Dulce, primaveral la noche, miel:
90 subían, descendían, enlazando
angélicos enjambres tierra y cielo.
En el jardín de la mujer abrían
los ramos tiernos del jazmín, y suave
cual ruiseñor a la mente envolvían.
95 Sofocábase Cristo, incontenible júbilo
sus entrañas, su espíritu inundaba,
y hacia la noche extendió sus brazos.

La Moira -espada- irguióse en su cabeza
y sintió él repentino escalofrío:
100 diz que la tierra ve por vez primera;
un relámpago azul por vez primera
quema sus labios y mejillas y cabellos:

- es fuego temerario de la tierra.
De su pecho de arcilla siente al fondo
105 una cuna y deseos de mujer
y fragancia dulcísima de tierra.
“Perdóname, Dios mío, la blasfemia;
mas por doquier hasta mi pecho suben
los deseos, las fieras, los perfumes,
110 y se trocan en cielo en mis entrañas.
Permite, Padre, diga mi palabra:
¿No será aquí la tierra el Paraíso?”
- Erguido aspira el aire perfumado
y agitando sus manos repregunta,
115 mas miedo mudo y feroz lo envolvió.
“¡Pronuncia, Padre, el Sí, y la tierra toda,
ha de ser santa: buena, mala, dulce, amarga!”
Entre los astros ella luce cual estrella
y en el gran redondel danza también
120 - palpitación de tu infinito pecho.
Sonríele, Señor, para que ría;
hazle caricia y se haga el dolor dicha.
¿No tiene mente, alma y corazón,
flores, aves y amor, qué pues le falta?
125 ¡Has de decir el Sí y sólo el Sí!”
- Clama Jesús, y con brazos abiertos
se bate a lanza con la noche muda;
y de improviso entre las grandes cañas
un rumor delicado se escuchó
130 y perfumado hálito de axilas,
abiertos, tibios senos de mujer.
Y una voz retozona y seductora
se difundió por los juncales frescos:
“No me guardes rencor, muchacho virgen;
135 yo te traigo, luz mía, agua inmortal;
y si mucho he besado, no es mi culpa
un Dios dentro de mí es quien besa y juega”.
“¡Padre, auxilio, y pueda yo vencer
del mundo la hermosura y la fragancia!”
140 Mas al punto retira su palabra:
“¡Ah, mi Padre, di el Sí, para caer
en la dulzura de la tierra sin pecar!”

Risas, voz de niños, oía en sus entrañas:
 del hombre la fecunda arcilla cálida
 145 a la luz inhumana en él vencía.
 Al cuerpo seductor furtivo acércase
 de la mujer con esa alloza pura,
 y la vida que aún se equilibraba
 del Salvador de un cabello pendió.
 150 La salvación del hombre es un instante.

Desfallecía el joven en la carne;
 los ojos lacrimosos levantó
 adonde amargo e inmortal anhelo
 del caminante atrae al pobre espíritu.
 155 Y contempla al mirar, con mudo espanto,
 una estrella caer sobre su pecho,
 lágrima gruesa en la tormenta glauca
 de su Dios, y rodar por sus mejillas.
 Se asusta el joven: llora Dios; lo siente
 160 en el silencio del mensaje célico.
 Y suspirando su destino empuja
 a su idea de espinas de la salvación.
 - Seltas flores - las ansias marchitáronse;
 lento doblóse el pecho entristecido,
 165 cual ave que en nocturna primavera
 mientras trinaba se ahogó, ¡ay de mí!
 entre zarzas floridas y fragancias.

DON QUIJOTE

Don Quijote fue escrito entre el 21 y el 23 de marzo de 1934 y está dedicado al escritor greco-romano Panait Istrati. En el poema, Kazantzakis entretiene varias de las ideas que respecto a Don Quijote expresa en su libro sobre España. Su admiración profunda hacia él queda reflejada en numerosos párrafos de ese volumen. Allí lo llama “eternamente errante Caballero del Ideal”, “santo mártir”, “gran príncipe”, “gran señor feudal”. Allí dice que “el grito de Don Quijote contra la razón” es, en realidad, “el más profundo alegato en favor de ésta”. Allí afirma que “la obra de Don Quijote comienza ahí donde Dios la abandona”. En el poema, al grito de libertad del alma humana, “se alza el ardiente señor del arenal”, “el gran combatiente” Don Quijote y, al consolar al alma, define su misión: “¡Lo que no terminado dejó Dios / yo lo he de terminar, yo, el combatiente!” Ante el mundo hostil, desértico, en que debe luchar, ante la tentación de la dulzura y quietud del hogar, el gran asceta reafirma su voluntad

de combatir por la libertad, desechando las advertencias del cuerpo temeroso y de su débil caballejo. Prefiere oír a su corazón, que, en largo parlamento, v. 50-129, le hace entrever las penurias y pruebas que aguardan a “el-sin-esperanzas” en esta lucha, que es como “comenzar una segunda creación”. Prevé el duro camino, donde tendrá como compañero sólo al hambriento Caronte, ese león. “¡Adelante, sin esperanza alguna!”, es su consigna. “¿Qué es en la creación lo más difícil? / Nuestro pecho eso busca sin temblar”. Medita Don Quijote las largas palabras del corazón y reflexiona ante la voz de la sirena de la hazaña inalcanzable que sostiene al crimen como corona de victoria.

- Vaho exhala la mente, los límites se enturbian,
lame la fantasía el mundo en torno
y erguidos ruidosos fuegos lo ribetean.
Cual salamandra apareció la Moira
5 y en la llama, toda frescor, sacó la lengua.
En la desolación la mente estremeciósse
y su infalible ojo negro llameó
y he aquí qué ve: desde una larga marcha
para la fe el milagro amamantado
10 tan dulce como es María Virgen.
Se lanza el alma a penetrar su ensueño:
en la tierra se ahoga y clama libertad
-y se alzó enhiesto, sufriendo ante esa voz
el ardiente señor del arenal,
15 el grande asceta, Don Quijote.
- Grita el anciano conductor: “Calla, alma;
lo que no terminado dejó Dios
¡yo lo he de terminar, yo el combatiente!”
Y del deseo en el confín más alto
20 para mirar se irguió el ojo vehemente -
¡Que lo ayudes, mi Dios: no decaiga la llama!
Como el Juicio Postrer la creación
implacable desierto sin agua ni un ave,
ni esperanza, ovillo de negras serpientes.
- 25 “¡Mi Dios, nunca vi tanto veneno!”,
pronunciaron los labios con temor,
“ni patria tan desierta e inclemente.
Ah, la senda de Dios creo he tomado”.
- 30 Sus dos ojos los cierra y se estremece:
sobre su hombro derecho un ave encantadora

con tristeza amorosa comienza a cantar
del otro mundo la dulzura:
-”Una casita fresca alboceleste
en la ribera azul del mar y en mi interior
35 dulzura extrema, y en el santo hogar

una tierna mujer mi hijo que amamante”.
-”¡No es éste un pájaro, no es un rui señor!
Corazón, tú no te engañes y retrocedas.
¡Mira: la libertad, nuestra señora, acércase!”

40 Pero el débil corcel ante el despeñadero
del abismo relincha, abre los belfos:
-”¡Ay amo, adónde vas; ay, compadece
al pobre cuerpo; acércase el crepúsculo;
al fresco establo retornemos ya
45 a nuestra tierra con el verde y dulce trébol!”

Hablaba el cuerpo, el perezoso sedimento
del árbol del Señor, moviendo abajo
el largo hocico equino con temor;
pero a su corazón oía el amo:
50 -”Este es el reino de la idea;
serpientes venenosas son sus bienes,
y sólo hay una rizada flor,
de la joven amada el secreto perfume,
de nuestra Dulcinea inexistente.
55 Y seguiremos de por vida jadeantes
por nuestra senda las amadas huellas,
pero sólo como sedientos perros
sobre las piedras lameremos nuestra sangre;
y un solo fiel tendremos compañero:
60 al hambriento Caronte, ese león!
¡Adelante sin esperanza alguna!,
tú, valiente lancero; y quizás los ojos
contemplen algún día lo que anhelan.
Este orgullo tremendo tuyo, padre:
65 ese tomar molinos por castillos
y combatir con sombras en el aire!
Y sobre ti se burlarán los fríos astros
y los hombres abajo te abuchearán.
Mas tú, con la alegría seductora

- 70 de la salvaje libertad y de la muerte,
sonreirás, oh grande mártir, con dulzura,
dejando por doquier gotas de sangre.
De la virtud al mástil amarrado,
avanzarás con brazos bien vacíos.
- 75 De marzo han de venir las golondrinas todas

a construir sus nidos en los huecos
del santo cuerpo al que devoró el espíritu,
en las axilas y en los hombros y en tu cuello.
Y en la divina falsedad, tú atrincherado,
80 de que exista quizás resurrección,
con tu sagrada sangre has de pintar
rojos los huevos de la primavera.
Nutrido con la médula del sueño,
dispersas, pródigo, el trigo como paja.
- 85 A tu lebrél corazón retornaste
y las correas de la mente pusilánime
le desatas y comenzamos en las viñas
de la imaginación a perseguir,
con harapos como armas y como arco
90 de luz un rayo, al pavorreal fantasma, nuestro sueño.
- Altas montañas -oh alegría- nuestra frente
golpeada es por los puros vendavales;
los hálitos dejamos del hedor;
ya rompimos de la prudencia el freno.
- 95 ¿Qué es en la creación lo más difícil?
Nuestro pecho eso busca sin temblar.
De la floresta traigamos de nuestra entraña
el derecho, la dicha, la bondad-
los rudos pájaros que allí anidaron.
- 100 ¡Nunca habrán de venir, pero la fragua
interior de la tierra nunca ha de apagarse!
Aviva tú la llama y llegarán a ser
pobreza e injusticia y embriaguez
oro muy puro y Don Quijote.
- 105 Así nobles se harán tierra y vivir
y de la juventud la inmortal flor
florecerá, pues la mente del hombre
-el infalible arquero- ama la presa,
solamente la que es inalcanzable.

- 110 Lo sé, padre, te envuelve como sierpe
 el dolor las entrañas. Mas tú encierra,
 así te ahogue, en el pecho el llanto
 y no olvides que eres -tú El-sin-esperanza-
 ¡la mayor esperanza de la tierra viuda!
- 115 Agita las doradas y anchas alas,

 y la tierra, gallina desplumada,
 un pavorreal se volverá para pasearse
 al rayo del sol cálido y dorado.
 Y eres tú de Dios la última ubre,
 120 su tesoro más puro y máspreciado
 y su postrer trinchera inexpugnable.
 Y el anciano Señor todo el coraje
 pender lo ha hecho de tu ala roja
 y de tu lanza insensata y quebrada.
- 125 ¡Tú solamente puedes ya, levántate!
 Y del servicio del humano sácalo.
 No ya tierra, mas llama enhiesta ármate
 con una larga paleta y te inflamen
 la despreocupación divina y la locura:
 130 ¡comienzas la segunda creación!
- Así reía y se quejaba el corazón.
 Y el gran Atleta oye la nueva vocecilla
 doblado sobre la silla de su corcel.
 Y apareció por sobre su cabeza
 135 a la luz, con el cuello erguido y rojo,
 para cantar un pequeño jilguero.
 La pechuga y las alas le temblaban
 y por lo mucho que trinó una gota
 brotó de sangre en el pico amarillo.
- 140 La tierra, madre de gris cabellera,
 volvióse al sol jilguero de alto cuello,
 y batiendo sus grandes alas comenzó
 también un nuevo canto nunca oído.
 En la rama más alta de nuestro deseo
 145 alzóse la sirena de la hazaña
 inalcanzable, sosteniendo al crimen
 a modo de corona de victoria.

De la doncella indómita en los ojos
veía el jefe anciano la pobreza,
150 la soledad, el dolor y amor ninguno
se encamina al santo pecho de la amada.

Los labios muérdese el Capitán-Uno.
Toda la vida es quejumbroso mito,
ah, y en el huso de la muerte se ha enrollado
155 y desde los abismos de Dios parte,
en la red del ensueño debatiéndose,
y entra al fin en el reino de su amada.

Estrellada la vasta medianoche
llorando se deshoja sobre él,
160 mas en silencio él espolea su caballo,
y lentamente y sin aliento asciende
la pendiente sin esperanza de su alma.

DANTE

Este canto fue escrito en noviembre de 1932, en Madrid, y está dedicado al intelectual y poeta cretense Lefteris Alexíu. Kazantzakis recuerda los últimos momentos del acaso más amado entre los maestros de su espíritu. Y evoca la evocación que el poeta hace de su patria y su vida, cuando va llegando a Rávena, exhausto, envejecido en el destierro, con sus pies heridos en escalas extranjeras, pero con todo su odio santo, su sed ardiente de justicia. Siente cercana la muerte, mas debe antes conocer el castigo de sus enemigos; y vuelve a imaginar el infierno para ellos destinado y sus brasas más quemantes: sus versos acerados. Todo pasa ante la mirada de su espíritu agobiado: los campos, las callejas, las muchachas, la fresca fruta, la lengua del pueblo que él sintió y amó como nadie. Y luego en el ocaso rojo sangre y en el mar de los rumores vespertinos, surge la visión temblorosa de su Florencia amada, a la que no ha de volver jamás. A sus labios, secos de la sed de la tierra patria y de la justicia que no llegó, los refrescan los granos de uva que le entrega una aldeana. El ardor se alivia algo, y en un resto de energía, extrae Dante de su pecho los escritos de su duelo, descolorada la tinta por las lágrimas, goteada por la cera de las vigiliat: allí está el edificio de la belleza, magno templo con sillares de tercinas y columnas de ideas y voces ordenadoras de armonías. Y al fin, la brisa fresca de la gracia lo envuelve como un velo. Se abre el cielo -rosa de mil pétalos, inmensa, misteriosa, como lo entrevió en su *Comedia Divina*- y descende la Amada: blancos cipreses agitáronse en la tierra. Se detiene el carruaje de fuego y se escucha el dulcísimo saludo -la palabra siempre esperada-, bálsamo del largo

dolor de su destierro. Es la emoción inefable; es la dulzura infinita. Se unen en cruz las manos del Asceta. La noche empieza a desplegar suavemente su manto... Y al despuntar los primeros astros, muerto ya hallaron a Dante, caído allí sobre tierra extranjera.

Oh rudas almas que de amor sabéis
 y -rosa- el fuego florecéis en vuestro espíritu,
 contemplad al Asceta entre la grama,
 quemado por el sol, pasar, doblado,
 5 bajo la lluvia tibia del otoño
 y entrar a Rávena desfalleciente y pálido.
 Pasan jóvenes nobles cabalgando,
 llevando sobre el puño el crespo halcón.
 Desde las grandes torres las campanas
 10 de la oración proclaman el anhelo.
 Y él, mordiendo en los labios una hoja
 amarga de laurel, a su alma dice:
 “Siento que es éste tu postrer crepúsculo”.
 A su lado, dos rubios querubines,
 15 el Sí y el No se irguieron, silenciosos
 lebreles de la Muerte cazadora.

Como tumbas se abrieron sus entrañas
 y en su interior brotó una ronca voz:
 “¡Que no muera, mi Dios, sin arrojar
 20 al azufre y la pez mis enemigos.
 Lo escribe el alma: no lo borra Dios!”
 Sed de venganza, maldición y cólera,
 su corazón -costal de larvas- se agitaba
 y su alma silbaba como un áspid.
 25 Uno a uno a los enemigos arrojaba
 a las fuentes de brea de su espíritu
 y en tanto aullaban sus negras entrañas:
 “¡Cobardes, viles, falsos y embusteros,
 depravados, avaros y rufianes,
 30 y frailes sodomitas y altaneros!”
 Mudo, agachado, en el candente fuego
 los vuelve y asa lento cual cangrejos;
 sus narices husmeaban vorazmente
 tramando cómo hallar infierno nuevo.
 35 Asaz fresca, liviana parecióle
 esta pez que bullía de mil palmos.
 Apoyóse piafando en la muralla;

sonríe alevé y el arpón levanta:
de cabeza en el verso los enclava.

- 40 El odio -halcón de ojos amarillos,
de la virtud arcángel protector -
destilando veneno se anidó en la mente
del Asceta y lo conduce y guía.
“¡En tanto dura Dios, el odio dura,
45 en la puerta del cielo picaporte.

- No dejaré, virtud, desigualmente
diente te rompan: romperé quijada!”
Cobra vigor y muévase gallardo
con armas invisibles y sonrín
50 secretamente sus amargos labios:
la santa joven siente que lo sigue.

- En la hebra del sol brillan los muros;
el suelo horadan gruesas gotas tibias;
suspira el búho, la tierra perfuma;
55 el seno abre la noche suavemente;
y él, doblado, los pies arrastra pálidos,
deshechos en escalas extranjeras.
De los bueyes despídense sus ojos
que en pareja caminan enyugados
60 y de las niñas en las calles y el mercado,
de la uva, los higos, las granadas;
huele la fruta y el oído alerta
para captar del pueblo las palabras:
el habla fresca y el dulce lenguaje
65 ¡cómo rocían la entraña y la refrescan,
y cómo a la humilde ave del pueblo
fécunda el verbo - cisne - y la conduce
a la serena y pura agua del verso!

- Los ojos cierra: en el sangriento ocaso
70 y en el mar de los ecos vespertinos
temblar divisa a su Florencia amada.
Iglesias, torres y palacios, de memoria
sus divinas bellezas conocía:
cual Segunda Venida asciende ahora
75 en los altos sombríos de su espíritu.

¡Ay!, en ningún otro lugar ha de gustar
lengua tan clara y tan sabroso pan;
mas, infeliz, no volverá ya a verla:
cual malhechor lo desterró la infame stirpe.
80 Pero el alma la trae - omnipotente -
a su espejo interior por vez postrera.
Se inclina cual sediento carretero
con sus labios ardientes. La contempla
y, tierna, de lo más hondo del pecho
85 quemante cae la gota salobre.

Una anciana lo mira y se detiene:
los ojos húmedos, la pálida mejilla,
su raída sandalia y los dolores
que su rostro mordieron compadece;
90 de su cesta un racimo le regala.
Las manos doloridas regocíjense;
se apoya en una piedra y grano a grano,
agachado, comiendo lentamente
se refrescaba y la tierra bendecía:
95 grave destino devenir el lodo espíritu
y - pura luz - la llama serenarse,
vid producir la tierra y recoger
la sangre del Señor las mismas uvas.
Sus espaldas temblaban cual gusano
100 que alas de libertad sólo desea.
Lágrimas espejeaban en el aire,
y un resplandor furtivo lamió el borde
de los harapos, y en el éter glauco
levantar lo divisan los espíritus
105 en la mano la luz - un albo lirio abierto.
¡Oh Dios, cómo de pronto se alivió el dolor
y nívea flor engendró el pecado!
No es éste un pobre corazón, mas ruiseñor
que en la parra que sube de la tierra
110 hasta los cielos pósase trinando.

Remueve el canto dentro del sepulcro
las alas de su espíritu y lo roía;
húndense y clávanse sus dedos trémulos
hurgando en el llagado corazón

- 115 y sacan los escritos del dolor:
como las hojas crujen corrugados
de una rama azotada por el viento:
a incienso olían, a tomillo y a sudor
y a aliento de pobreza y de destierro.
- 120 Y el negro de su letra retorcida
descoloraron lágrimas quemantes;
gotas de cera de largas vigili-
as y rasguños de cólera marcaron.
Con los dedos delgados los escritos
- 125 volvía quedamente, temeroso,

como cayendo en escalera mística:
siguiendo dura ley, rimas tejidas
de tres en tres se unían cual sillares;
se alzaban en la mente constructora
- 130 columnas ensamblantes, las ideas;
y en la tiniebla, voces armoniosas
la ceremonia ordenan legislando.
Alto edificio en el mojado atardecer,
húmedo centelleaba el canto enhiesto:
- 135 demonios lo subían desde el Hades
- raíces grises - y ascendía plena
de vello virginal la agreste flor
de la ascesis salvaje, dirigiéndose
a las Sagradas Madres de la Luz.
- 140 Serenas, hondas, tañen las campanas.
Silencioso se hundía en los trenzados
lazos del exultante entendimiento,
liberado del tiempo y del espacio
el rudo herrero del verso y del hombre,
- 145 trocada en puro espíritu su carne.
Sopló la brisa fresca de la gracia
y cual velo bordado se elevó
con regocijo la mente cabalgando.
- 150 Un trono de esmeralda y de zafiro
ve desde el sol ardiente descender;
lo arrastran nuestros más hondos deseos:
un toro y un león, un águila y un ángel.
Se abre en su espíritu la rosa misteriosa.

- Fulgura toda luz la negra Muerte.
155 Una voz suave embarga sus entrañas.
Y con terror y oculto regocijo,
mira - a la sacras fieras con la luz
golpeando cual Nicea dolorida,
severa, grandes ojos, mil saetas -,
160 sobre él descender a Beatriz.
- De mil pétalos rosa el Cielo; y los arcángeles,
cual las abejas, laboriosos liban
la miel de la inmortalidad oscura.
Blancos cipreses agitáronse en la tierra.
165 El flamígero carro se detuvo.
Y con extrema suavidad' y dulzura
cual rui señor habló una voz angelical
que al dolor de su vida lo vencía
y deshacía su mente al sol cual nieve:
170 "Mil veces enhorabuena te encontré, amado."
- Veloz pone sus manos contra el sol;
a la amada sonrío y como fuente
le brota el llanto y para sostenerse
trata en la tierra de apoyar las manos,
175 y en su entraña hallar tiernas palabras,
dulzura extrema para recibirla.
Mas cogían los santos ojos de su amada
- redes serenas en abismo de visión soñada -
sin hálito su espíritu y su cuerpo.
- 180 Abre la noche quedamente su estrellado manto.
En cruz uniéronse las manos del Asceta.
Y muerto a Dante hallaron ya los mercaderes
al despuntar de los primeros astros.

SANTA TERESA

Este poema fue escrito a fines de noviembre y comienzos de diciembre de 1933 y está dedicado a Juan Ramón Jiménez. En la áspera, desnuda y gallarda Castilla, en esa era abierta sobre la que se arroja violento el viento norte de-barbas-de-hielo, un monasterio canta cual mística flauta. Las monjas padecen hambre y necesidad, pero Teresa, la priora, las llama a alegrarse, precisamente porque nada ha conseguido en su

mendigar. Las monjas sufren con la imagen de hogar, de amor, de hijo, de cálida comida. Salen al patio, que se llena de aliento viril, de rudos ángeles, de mozos barbinegros. De pie sobre la nieve, Teresa, viendo ese cortejo nupcial fantástico, les habla de la nupcial tormenta que de Jericó vendrá a aliviar a las religiosas con la copiosa inundación de Dios. Pero la más débil de las monjas proclama a voces su oculto deseo: “Ven, mi Jesús, dulce adorado mozo”. Una fuerza arrebatada a la priora, que es lanzada al centro del patio. Brota una llama; envuélvese el monasterio en espeso fuego y en tempestad helada. Sus palabras ardientes se desbordan, afirmando su fidelidad al único dueño, a Dios, e invocando a la Muerte, pues morir es la única salvación. El cortejo nupcial lo forman el Hambre y la Virginitad; pero duran demasiado ya los esponsales. Debe venir pronto Jesús, el adorado mozo, y que todas caigan en el desfiladero de la muerte. Se ha esfumado la visión; pero el hambre ha devenido saciedad; y gozó la helada virginitad con el abrazo.

- ¡Aspera Castilla, gallarda y desnuda!
 Era abierta sobre la que se arroja
 el viento norte de-barbas-de-hielo;
 y resuenan las grutas y a los tejos juegan.
- 5 En una noche la nieve, puro tesoro,
 abismos floreció y desiertas cumbres,
 cual la gracia de Dios, muy dulcemente.
 ¡Y todo, hasta el último tizón,
 florecido crió ramos muy albos!
- 10 Canta el convento cual mística flauta.
 Un suave rayo meridiano brota
 y las monjas al corredor salieron.
 El pecho les palpita al hambre, al frío
 - ave desfalleciente -, pues tres noches
- 15 que no tienen ya pan, fuego, esperanza.
- Las manos de la priora tan vacías
 del haber mendigado ahora vuelven:
 “¡Alegraos, hermanas, que en los valles
 del cielo pastaremos algún día,
 pues no tenemos en la tierra qué comer!”
- 20 Pero hormiguea el pecho entre la mano
 tibia del sol y así da voces: “¡Corre,
 leona tentación al cubil santo!
 ¡Pobres mujeres somos y sufrimos!” -
- 25 gimen sus corazones cual calandrias.

Los ojos muelles almendrados
se cierran y contemplan cada una
a su ángel cual varón moreno que abre
camino por el patio aproximándose.

- 30 Se confunde la mente y florece el abrojo:
en la lumbre está hirviendo la comida;
cual un Cristo en la cuna juega un hijo.

- Triste una monja suspiró y extiende
sus manos, pero lejos en brumosas sierras
35 cruzó el hijo y cual niebla se esfumó.
Todas abren los ojos, las narices huelen
anhelantes la tierra lujuriosa
y un hondo dolor coge a las entrañas vírgenes:
sienten en el hendido pecho ya la araña
40 tejer la red desesperadamente
y ponerse a envolver sus corazones.

- “¡Salgamos! ¡Ay de mí que el Paraíso
- pequeño infante - en sus entrañas se movió
y de aliento viril llenóse el patio,
45 de ángeles rudos, barbinegros mozos.

- De pie sobre la nieve ve la priora
sonriendo el fantástico cortejo.
-”De Jericó, oh mis rosas, ya vendrá
nupcial tormenta, se abrirá la carne,
50 y todas, hartas, os aliviaréis
en la copiosa inundación de nuestro Dios”.

- Dice, y los ojos lanza a las espaldas
de la más débil y ella salta cual venablo,
se desata las trenzas perfumadas.
55 Bate sus palmas la doncella estéril
y su oculto deseo así proclama:
“¡Ven, mi Jesús, dulce adorado mozo!”

- Llameante rompe saeta encarnada
el seno de la priora, y una mano
60 del cráneo oculta cógela con fuerza.
Cual águila en el aire convulsiónase,

- y hasta el vientre el anzuelo ya ha bajado.
Se cogió de la puerta, resistiendo,
pero un ala azulosa la golpea
65 y hasta el centro del patio precipítala.
Una llama brotó a su lado izquierdo:
crece, coge la tierra; en fiera red
de espeso fuego el monasterio envuélvase,
se sume entero en tempestad helada.
- 70 De la Señora el hábito se alzó
y cual velamen ante el cinto levantóse..
Sopla Dios, noto cálido, y amor
se deslizó al lascivo patio helado
y el vino de la misa lo escanció.
- 75 Tomó la priora encantadora una bandeja,
cual un ala azotó el talón la tierra;
al bóreas-de-Dios surgió el seno turgente
y el canto alzaron los ardientes labios:
“¡Ven, mi Jesús, dulce adorado mozo!
- 80 Tibia lanzan la leche nuestros pechos;
de la mujer es bella la apariencia.
La espesa gota cae en mis entrañas:
álzate cuerpo, taller de la llama,
que las Madres del fuego aparecieron.
- 85 Arde, florece el pobre Monasterio:
¡ceniza vuélvase y veamos al Amado!
- La mente se embriagó, dan flor los yermos senos;
¡caminar ya no puedo y me suspendo
cual abeja de espaldas en la rama
90 florida del Señor y allí me cimbro!
Soy, Dios mío, mujer: tan dulcemente
sólo contigo puedo yo aunarme;
siento el dolor de nuestra tierra hembra
al diluvio del cielo y el celeste
95 de la noche temor bajo los rayos.
Subo sobre los techos agitando
mis alas rojas como una cigüeña:
Fuera de ley, gozad, hombres, mujeres,
hondamente se teja un cuerpo a otro,
100 ¡mas yo al Dios mío guardo en mi regazo!

¡Y es mi cuerpo una túnica de fuego!
 Eh Caronte, amoroso niño mío,
 al alma mía toma de la mano
 y por tu oculto canal subterráneo
 105 guíala hasta el Amado, que, ¡ay de mí!,
 esperanza más grande yo no tengo.
 Si desfallezco sólo llego hasta tus pies -
 mas tú me llevas a lo hondo de su abrazo.
 De nuestra carne en la impostora vara
 110 posada está la jilguerilla y llora:
 ¡ah, morir es mi sola salvación!

Buena es la gracia de la tierra y mar
 y la fragancia de la selva húmeda
 cuando el cuclillo canta en primavera;
 115 bueno es el fresco y el ardor del hábito,
 mas mucho se alargó la vida, oh Dios,
 y mucho duran ya tus esponsales.
 ¡De tu místico vendaval con la pasión
 el cuerpo - ese tabique - se destroce,
 120 novia desnuda salga el alma y tiemblen
 de corola a raíz las azucenas!
 Hambre y virginidad: oh mi cortejo,
 oh versos: mis corceles con la dote,
 golpead a la tierra negra y mora:
 125 brilla el novio cual hijo y en mí hace señas.
 ¿Madre de Dios o corza esposa suya?
 ¡Por la luz excesiva mi luz pierdo!
 El corazón ensánchalo: no estalle;
 al hormigón del mundo dale alas -
 130 o achica de la tierra el redondel.

¡Ah, no me oyes, mi Dios: cual catarata
 ven y que beba el alma y que se sacie!
 En el abismo azul eres reclamo,
 pavorreal de cola desplegada:
 135 ¡atráelas las almas; no te apiades,
 y en el desfiladero de la Muerte caigan!

Cirios somos en fila al aire ardiente:
 ¡a derretirnos, que otra dicha no hay!
 Vengan ya los heraldos de las bodas;

140 sofocado de amor, avanza, cuerpo.
 ¡Ven, mi Jesús, dulce adorado mozo,
 ven para siempre ya, ven para siempre!”

 Cesó la voz, y aún como una flauta
 de sonos se ahogaba su garganta.
145 Se abrió la mente y su jardín florece -
 dulce tibieza, higueras, ángeles, manzanos -
 se conciliaron corazón y pensamiento;
 cual abeja en la miel sumióse el alma
 y cada seno de mujer entre las flores
150 a un puro Jesús niño amamantaba.

 Se esfumó el Paraíso: es un relámpago;
 mas el hambre devino saciedad
 y la fría virginidad gozó el abrazo:
 ¡pues breve instante es la inmortalidad!

EL GRECO

El canto *El Greco* fue el segundo de los poemas en tercinas que escribió Kazantzakis. Lo redactó entre el 23 de marzo y el 5 de marzo de 1933 en París. El año anterior, en noviembre, en Madrid, había escrito *Dante*. *El Greco* fue publicado en la revista *Neohelíniká Grámata* el 4 de junio de 1938. En *Carta al Greco*, la obra que el escritor no alcanzó a revisar antes de morir, había incluido el poema al gran artista cretense, dentro del último capítulo, titulado precisamente “A El Greco”. Con profunda emoción y verdadera ternura, en esa última sección, Kazantzakis evoca a su amado y admirado compatriota, con quien se identifica en la forma de mirar la vida y de quien se declara gran deudor. En el poema presenta al genial cretense mientras añora la isla patria, a la que en espíritu vuelve.

1 El rey, ese pobre hombre, en el peñón,
 ovillado por el calor quemante
 al lapidario observa con lenta mirada,
 edificándole de cuatro esquina
5 su triste y solitaria tumba.
 Desnudo, enorme, por sobre la estéril cima,
 gime – palacio, celda y sepultura –
 el enorme edificio de granito.
 Cera blanca, su rostro lento se derrite
10 y el cuerpo miserable del injusto juez,¹⁰

y de improviso un buitre apareció
para caer del monte al flojo cuerpo,
graznando alegremente, ayuno,
pues el hedor olió treinta años antes;
15 y aquel gallardo mancebo cretense
siente al buitre partir desde su mente
y, cazador, lanzarse sobre el rey.
Y dentro de su oído aún resuena
el látigo silbante lleno de ira
20 que lo expulsa del templo de sus sueños:
“¡El San Mauricio no lo quiere el rey!”

Conmocionóse el aire y se agitó,
por doquier llamas, armaduras y ángeles;
se inflamaron los pechos tocados-por-Dios;
30 al sol, las lanzas lirios elevados,
y dio una flor la ardiente roca seca.
Rubí, esmeralda, esmalte los escudos,
la luz ronda y devora como un león,
y en hilera van los mocetones
40 hacia el cielo con sus etéreas siluetas.
Cual humanas figuras de espejismo
en la humedad del aire matutino.

En sus pálidos dedos exaltados
aprieta el joven – y su mano se perfuma –
45 el ládano de Creta ardiente baya.
Al mediodía las piedras reverberaban;
cual nueva y leve Creación veía
el akrita esbelto a la luz brillar
el cuerpo de la Isla, celestial, velado.

50 Cual ala enhiesta que con ímpetu se abre,
se mueve el quieto monasterio;
y del humano el grave baluarte,
el cuerpo perezoso – azulada ventana –
al cielo sus dos ojos le abre.
55 Ángeles, pájaros en el taller
descienden de la testa y cual manzanas
rosadas cuelgan las negras palabras;
y se lanza arcángel el buitre pensamiento
mudamente en ígnea bocanada

- 60 por el cielo alto a la mente del joven.
Cual últimos fulgores de un atardecer
después de lluvia, pasan niños, monjes, vírgenes,
y nobles de mejillas hundidas y madres
entregadas ya a su hijo, a Dios.
- 65 Arden las manos del joven y anhelos
seductores lo ahogan, y en el aire
con palmos, con insaciables pinzas
furtivo mide la tela del éter.
Densas se vierten las pinturas, bullen
- 70 veloces en la mente, no los alcanza la mano.
Ángeles masculinos precipítanse
y en las testas rompen lluvia de meteoro;
y apóstoles fulguran en su mente
cual lábaros que vuelven desgarrados;
- 75 fuego, llaves sostienen, y el amado
el gran cáliz sostiene con serpientes.
Como copos de llamas siente el joven
a Dios caer sobre él, gemir cual víctima
sacrificial, crucificado al cuerpo.
- 80 Hierve la tierra y la divina gracia hambrienta
cual lengua de león lame las peñas;
baile vivaz, chispeante, el enjambre
no nacido le ciñe los costados.
Dan chispas los dedos del mozo, y en hilera
- 90 enciende las cabezas en las puntas de las ramas,
finas llamas en cirio de dos pinturas,
la cima de la tierra le hace señas,
tremulante, con brillo celestial
.como halo de luna nacarada.
- 100 “¡Mi cuerpo lo haré un arco, y que se rompa!
¡En las nubes en lo alto, un imán es Dios
me atrae al más liviano redondel-de-baile!”
Pero el rey, verbasco envenenado,
me expulsa de su corte gris:
- 105 él ve la luz y lo domina el miedo.
Adiós, y, cuerpo atormentado, has de saber
que no es el arte sumisión ni ley,
sino un demonio que los moldes rompe!
Con tus eunucos cortesanos putrefactos
- 110 tus reglitas te dejo masticando!”

- Dijo, vuélvese hacia el sol, hacia la roca;
 sus ojos duras gemas y preciosas
 se clavan en las peñas elevadas.
 Perfumó el ládano y toda caricias
- 115 Creta se deslizó, tigresa, y se tendió
 en la tiniebla rumorosa de su entraña.
 Graves cuidados, violentas ansias viriles
 golpean su pecho, y el enjambre gira
 en el tomillo todo florecido,
- 120 y su amado Vrondisi en su mente se alzó.
 Humea el Psiloritis todo ardor;
 en la fuente de mármol borbotean
 las aguas frescas, y la lira y sus sonajas
 orzas toca en el puente bien derecho;
- 125 en sus labios la salmuera del mar;
 y escucha aún, escondido tesoro,
 al asceta maestro, al viejo diácono,
 en el puerto de Kastro antes del zarpe
 encargarle insistente: “Eh Ciriaco,
- 130 pintado has sido con llama profética;
 al foso de la buena vida no entres
 ni seas adulator en cortes reales:
 ¡sendas no holladas abre y pasa!”
- 135 “¡Soberbio loco corazón, tú te escondiste,
 ¿y con furia el talón no me azotaste
 para marcharnos cuando engañosa esperaza
 dulces sueños de esclavo me escanciaba?
 ¡Vamos atrás, volvamos a la patria!”
- 140 Dijo, y se alzó la soledad cual fortaleza,
 y saltó su alma cual pequeña leoparda;
 como una estrella Dios brilló en sus ojos,
 y se volvió siguiéndola para marcharse.
 Saltó una copla creadora de hombres
 y de su voluntad inclina la balanza:
¡Cuando un trabajo decidas, sin temor dale,
- 125 *suelta a tu juventud y no la compadezcas!*
 ¡Mi juventud yo no la compadezco;
 me aburrí y me ahoga la paciencia!
 Nosotros, corazón, fuimos creados para abrir

130 las verdaderas puertas de la libertad
con fuerza y para arder en la alta senda.
Sostenemos la luz por espada en las manos.
¡Volvamos hacia el sol, hacia la Creta,
para encontrar la libre soledad!

135 A diestra vuelve rápido, a la casa
del padre allá en lejanos ancladeros;
del Psiloritis la orgullosa cumbre
cual un pañuelo en su mente ondea,
y amplia y verde la llanura se extendió
de Mesara con sus cálidos huertos.
140 Mas de improviso se estremece erguido,
cual si lo asieran dos terribles manos,
zumbido escucha, alas y deslumbramiento:
y sus ojos de estrellas desbordaron.
Dorados, verdes fuegos de un espíritu,
145 relámpagos, azufre, ígneas ráfagas
le lamen la cima de la cabeza.
Arcángel, cálido noto ha aparecido
y a ládano sus alas perfumaban;
al joven coge en su enorme pecho,
150 da con el pie a la tierra y toma impulso
y por la hondura azulada se aleja.
Pálido el joven en la tormenta de luz
feroz, el pañuelo cretense aprieta fuerte,
y con los ojos negros contemplaba,
155 apretando los labios con valor,
derretirse la tierra al sol ardiente.

Carroña al sol el enorme edificio,
y como hormigas lo recorren los maestros;
Silban las cumbres, los caminos serpentean,
160 y en la angélica proa el mozo inclinado,
cosecha la luz, del deseo cumbre.
Se alzó el porte invisible de la tierra
el pecho de su arcángel interior
lo empuja hacia las cumbres virginales,
165 a la de la libertad dura esperanza,
la mayor altura de este mundo,
la Creta celestial, secreta patria.

NIETZSCHE

Este poema fue escrito el 2 de julio de 1934 y está dedicado a Helmut von den Steinen, traductor y estudioso de la obra kazantzakiana. La admiración profunda del escritor griego por el filósofo alemán, sobre el cual escribió su tesis doctoral y varias de cuyas obras tradujo, se expresa en este canto en epítetos como “gran mártir”, “asesino-de-dioses”, “Akrita lleno de heridas” (en referencia a los héroes de la frontera de Bizancio y en especial al héroe fronterizo más famoso, Diyenís Akritas), “lobo solitario”, “estilita sobre la cumbre del orgullo”. Supera Nietzsche las tres sirenas: la de Dios, la del amor y la de la patria, y recorre la tierra, vagabundo, más allá de la dicha y de la esperanza. Hasta él llega el poeta, cual un lebreo hambriento desde Creta. Para él, la soledad llega a ser alegre patria: “¡ingrino y solo” se atrinchera en los peñones del desierto.

“¡Oh entendimiento, grande mártir, padre oculto,
 óyeme bien, a ti las manos alzo!
 ¡A la más alta palestra del éter precipitaste,
 al corazón hirviente de la guerra,
 5 escorpión fino con la cauda en alto!
 Densas fogatas en torno a ti tremulan
 y la noche, negra tigresa, las aviva.
 Tu mirada, oh mente, mi grande luchadora,
 en la extrema desesperanza liberada
 10 a la muerte desprecia, y tu rojiza cauda,
 plena de libertad, arriba salta
 y entra en tu corazón, toda alegría.

El sol se pone ya; y el dulce velo
 engañador de la tierra oscurecióse.
 15 Con fuerza, oh mente, te apoyo con mis brazos
 y que en la oscuridad no te derrumbes.
 Crudo invierno, las bien húmedas hojas
 se desprenden y caen en el Hades;
 y la luz santa en el negro estremecerse
 20 de rama en rama salta, como herida
 ave en el torbellino de la noche:
 un instante angustiada se posó
 en la alta cumbre de la tierra y se esfumó.
 Fuego santo, efímero espíritu del hombre
 25 ahogado del cuerpo en las pasiones,

resiste bien, aún no te me pierdas!”

- Así del tiempo sordo en lo hondo grito
y ceniza revuelvo en la frente y la boca
y en el corazón del asceta santo.
- 30 Cara heredera del humano, oh chispa,
y tú del hombre ira altiva, amarga:
al combatiente solitario respetad.
El estandarte se batió muy grande,
dulcemente cantó la engañadora
- 35 desesperanza en la tiniebla, y puro vino
el corazón bebió, ebrio, impetuoso.
Y ahora, mira: en el oscuro mar ruidoso
de la embriaguez el corsario fue abatido
y ha roto en la orgullosa cacería
- 40 la mente -cual gaviota- sus dos alas.
Y maligno, cobarde, se arrastró Caronte:
la santa testa en la tiniebla lame.
Se agita mudo en el anzuelo de la insania
y los buitres en torno se juntaron.
- 45 Su cerebro cual chivo enfurecido
al mundo da topadas, y barquitos
los dedos pálidos fabrican de papel
que los arroyos surcan de la fantasía.
Galeras de tres palos - y unas uvas
- 50 de grano grueso los mástiles criaron;
con ruda barba, con caprinos labios gruesos,
velludos diablos saltan en los mástiles;
y Dionisio liberador reparte cartas
de libertad a dioses, hombres y animales.
- 55 Sereno el piélago cual seda rumorea
y la fresca visión sobre él navega
y en la turbia pupila del varón echa ancla.
Como que hubiera, piensa, un azulado puerto
e innumerable multitud gemía -
- 60 y el comienza a llorar de la alegría.
Portaban palmas e incienso quemaban
y a su ensueño poníanle laureles;
y coronado de espinas, pálido él
como un rey a su pueblo saludaba;
- 65 y - esfera de oro - a la tierra toda sostenía
con ufanía en su mano derecha.

- Mas débil se movió la mente y se hunde
 del todo la alegría, y se alzó helado
 un acre viento norte en un jardín en ruinas.
 70 Y se oyó de improviso ahogado lamento
 y entre vides apareció y espinas,
 pálido y desnudo, Baco crucificado.
- Inmóvil la visión detúvose en lo hondo
 del alma triste, y corrieron cual arroyo
 75 las lágrimas, las heces del espíritu
 por las mejillas y mostachos grises.
 ¡Yo tomo, padre, tus delgadas manos!
 ¡Bebamos el veneno a nuestra salud!
- El grande lagar de la tierra hierve:
 80 la mente embriégase, sus alas nuevas bate
 y al fantasmal dueño de casa expulsa.
 ¡Un patrón aquí abajo no queremos!
 - clamas a gritos, y sálvese quien pueda.
- En las fronteras de la vida y de la muerte,
 85 donde la presa halló refugio, en el recodo
 secreto de la entraña, velas, cazador,
 y sobre la salvaje presa te abalanzas.
 Las tres sirenas pasas - Dios, amor y patria -
 y recorres la tierra vagabundo
 90 ¡más allá de la dicha y la esperanza!
 Asesino-de-dios, herido Akrita,
 gemiste tú y yo te escucho y llego
 cual un lebrel hambriento desde Creta:
- Ha llegado el tiempo, álzate, capitán;
 95 ya anochece, los astros se encendieron:
 hambre tiene el corazón, morir no quiero.
 Señora-Llama apareció, la-ama-de-leche,
 y erguida, muda, en la oscuridad nos hace señas:
 ¡las torres de la deshonra se hagan ceniza!
 100 ¡Rico botín, hermano, no queremos;
 glorias, dichas no aprecia nuestro espíritu,
 no nos tañe el pandero hetera alguna
 en la del mundo caravana vergonzante;

- aire puro queremos - de la tierra
105 el bajo cielo raso nos sofoca!
- Oh cumbre del orgullo, aliento mío,
dicha de-ojos-de-estrellas de la soledad,
fuego en mis auroras más rojizas,
chivo salvaje en la virgen juventud,
110 ¡te alzaste tú y se alzó toda la tierra
cual columna de luz y me abriste el camino!
- Sereno el piélago cual seda rumorosa;
y la fresca visión sobre él navega,
y en la turbia pupila del varón echa ancla.
115 Como que hubiera - piensa - un azulado puerto
e innumerable multitud gemía,
y él por la mucha dicha a llorar comienza.
Palmas portaban e incienso quemaban
y a su ensueño poníanle laureles.
120 Él, pálido, de espinas coronado,
como un rey a su pueblo saludaba:
y -esfera de oro- a la tierra sostenía
con ufanía en su mano derecha.
¡Ah cumbres cretenses desnudas, y los puños
125 del mozo ojos-de-fuego rechinaban,
y sumidos-en-lodo los deseos gluglú hacían;
cual negras fieras subían de las entrañas;
y anhelaba yo quemar toda la tierra;
y floreciste tú, mi honda raíz secreta,
130 y mi rojizo fuego en luz se destiló
¡y alegre patria fue la soledad!
Íngrimo y solo de lejos te contemplaba
aferrado a la trampa de la vida
romper la reja de la mente y respirar.
135 Nunca vi alegría más altiva:
hogar nunca encendiste, vagabundo
lobo solitario rondabas los apriscos,
nunca cordero tú, ni perro ni pastor.
Rompías de la alegría todas las costras;
140 muy salvajes las alas, ancho el pecho
e insaciables tus bajamares interiores.
Te atrincheraste en los peñones del desierto
- estilita sobre la cumbre del orgullo -

- y avizorabas la verdad, todo coraje.
 145 De la verdad el cuerpo desnudo, tajeado,
 pendía en el abismo, y sibilaban
 en su cabeza trenzas de serpientes.
 ¡Alegría! ¡Pues ya la mente no se engaña:
 juegos de fantasía, miedo y polvo,
 150 de tierra y cielo los efímeros adornos!
 Y en la rueda de la vida y de la muerte,
 en remolinos sin cesar giramos
 ideas, dioses y hombres, aquí allá.
 Y tú la lira de la mente fuerte y ebria
 155 tocas y oye la tierra y como un trompo
 danza veloz, erguida en torno al sol.
 Cual arbusto en la grave oscuridad,
 tu corazón hacia el vacío sol
 mantienes, oh veleta aguzanieves.
 160 Derecho hacia el abismo tú ante ti
 abres la senda-de-la-muerte, y descalzos
 perezosos, tus hijos en hilera
 rebeldes lánzase, corsarios y amadores,
 de la desesperanza en el corcel hacia el abismo
 165 de la libertad, ¡oh primer guía del alma!

- Negro vino es, hermanos, el espíritu:
 ¡a la salud del capitán bebamos!
 Salobre es sangre, hechizadora, hermanos:
 abrámoslas las venas y que rieguen
 170 hondo la tierra y a beber que venga
 alta a la luz tu sombra, oh capitán!

- ¡Ah si Caronte muriera por un instante
 y tú te alzaras, alma valerosa,
 y que de ti se cogiera voraz,
 175 entre esbeltos cipreses florecidos,
 en cuelgas todo tu harapiiento ejército,
 cual se arraciman las abejas con su reina!
 Mira: comienza ahora la batalla:
 álzate, alma, y repártenos troneras;
 180 a nuestros corazones tu dolor embriaga
 y tus barquitos de papel en el asalto
 de nuestro deseo volviéronse galeras,
 y hojas crió la mente y alas nuevas.

185 Ya silban las primeras balas y la Moira
amarras sus sandalias coloradas.
Las amenazas, negras mensajeras,
tocan la puerta del hombre desdichado.
Las narices del tiempo azufre huelen;
circunda tu palabra cual un león
190 a la tierra madura y las sienas crujen.

¡Oh Nietzsche novio, parte el gran cortejo;
crían las tumbas crespos azahares;
y la Victoria llega ya a tu soledad!

ALEJANDRO MAGNO

Este canto fue escrito en 1937 y publicado en la revista *Kiklos*, año IV, Nº 2 de 1937-1938. Está dedicado Ion Dragumis. Kazantzakis evoca aquí a Alejandro en los instantes que preceden a su tan temprana muerte y en los cuales se revive su agitada e intensa vida, que ha pasado cual un relámpago. Todas las cosas han pasado como anillos de humo azulado y ya cercano a la muerte, dos frutas dulcísimas lo han llevado a un recordar intenso. Sólo el perfume queda de sus grandes hazañas y siente el dolor que haber ansiado mayor botín y tener sólo esa fragancia. Se impone el paso fatal desde la vida a la tierra, a la que va “con rico cortejo”: dos higos en la mano como miel y fragancia lejana de una albahaca y un canto muy amargo.

1 En la crespada cabeza de Nicea
el rojizo gusano de la muerte de abre,
y ciego y mudo en su cuerpo diáfano
envuelve mozas, jóvenes y abajo
5 destila el alma lenta y hondamente
en su vientre sin fondo hez ligera.
Y erguido en las troneras esta noche,
en las barrosas, densas agua del Eufrates,
de la inmortalidad en favorable abrazo,
10 mira expirar al que-domina-al-mundo.
Lloran y gimen los veteranos en los patios.
A la brisa fragante del crepúsculo
las galeras reales en el puerto, las
rodamundas, macedonias águilas
15 y corceles, mujeres, centinelas
loran, miran arriba la ventana.

A los oscuros dioses de la tierra
 ofrenda, se ha doblado su cabeza,
 esa su rubia cabeza sagrada,
 20 y la inmortalidad, viuda, acaríciala.
 Y en el vértigo de la desesperación
 Asia golpea su moreno pecho
 tan grande, y doblado un cirio tiene.
 Silente e inclinada en la lanza erguida,
 25 despides a tu hijo para siempre, ¡oh hijo!
 Y el joven, pálido en el lecho de oro,
 heliotropo sin sol – rinde el espíritu.
 Montes, castillos, tierras, ríos, hombres,
 - vestigio de un sueño, rocío en el cabello –
 30 la feroz caminata por los llanos.
 Y en torno de sus sienes laureadas
 sopló la brisa leve de Caronte
 y todo al punto desapareció
 del infinito en el oscuro embudo.
 35 Una blanca paloma de-huesos-de-nube
 con su mensaje de aire se esfumó;
 hálitos de perfume y una cesta
 de azules medicinas fue olvidada.
 Ya ha anochecido y silbó el pastor
 40 y al abismo rodaron las pasiones.
 El gran cuerpo alivióse, y el espíritu de-garras-aquilinas,
 cual tortuga a la tierra desde lo alto
 desde las nubes del engaño suéltala
 muellemente en medio del combate
 45 del tiempo mal-preñado, y se acaba.
 La vida en vano, adornada gorgona
 en los piélagos glaucos, engañosos,
 - turgentes pechos, sueltos los cabellos,
 - cuelgas de falos, dioses en su pecho –
 50 ríe y lo llama otra vez a su seno.
 Sobre el hermoso cuerpo inanimado
 el conductor sus alas aquilinas
 despegó de la tumba de la carne,
 las extendió para partir anocheciendo.
 55 De la envoltura efímera despídese
 - aún un débil hálito lo envuelve
 y una ligera embriaguez seductora.
 “Adiós, adiós!” Y de la vida en el relámpago

- 60 presuroso el espíritu se esfuerza
por libar, como miel preciosa y densa,
las más grandes, profundas alegrías
que el vivir le entregó: incursiones sangrientas,
vértigos bulliciosos; cual granadas
estallan y se funden fortalezas;
65 en sangre las helénicas Niceas
de crespo pelo chapotean
y sin cinto lo abraza la Fortuna.
Anillos de humo azul todas las cosas:
pasan, se borran, sólo en la memoria
70 un pequeño recuerdo, mi Dios, ancla.
¿Dónde marchaba en la quemante plata
del desierto, y qué oso perseguía,
o era un rey o era feroz fiera
la inmortal agua en esa arena estéril?
75 Se moría de sed, dicen, y oía
hormiguitar la corteza de la tierra.
Ya lo envolvía la dulzura de Caronte,
cuando dos higos frescos y dulcísimos
ve en una vieja higuera, en un barranco.
80 Y al cogerlos volvió a sentir correr
cual agua fría en laderas heladas
pura su juventud entre sus venas.
Pues aun en los vértigos de muerte
con feroz dicha lo recuerda el cuerpo.
85 Y otra vez, en solitarios soles,
- ¿acaso fuera un sueño? -, en una barca
tal vez de oro, remos de marfil,
paseaba quedo por sombríos parques,
la interior fuente de la dicha abrióse,
90 su corazón se desbordó: sus ojos
cierra veloz – no vaya a enloquecerse.
Muchos corceles relinchaban en la orilla,
turbas ondeaban como espigas densas
y etéreos palacios tremolaban
95 cual en sueño. Quizás cuento engañoso
pudiera ser o acaso ensueño malo,
y de un instante a otro va a cantar
de la alborada el ave rojiza.
Mas de improviso, ¡gran dicha!, la proa
100 entre fragantes plantas se internó

y así que hubo soplado la olorosa brisa,
 temblaron ávidas del joven las narices.
 De todos los botines de la guerra
 esta fragancia sólo le quedó
 105 y ahora vino fiel del viento en alas.
 Clama “¡Auxilio!” el mozo agonizante,
 pues, ay, mayor botín lo que anhelaba
 oculta y hondamente en su recuerdo.
 Mas en la horrible flecha de la muerte
 110 bravuras dispersáronse y quedaron
 sólo aromas y frutos en su pecho.
 “Me ahogo”, gime, “no soporto ya el dolor.
 Por las callejas vagaría yo, ¡ay de mí!
 cual poetastro – desfallezco de vergüenza,
 115 ¡y sin pudicia alguna ejercería
 de bufón para chanzas, y los ricos
 que me echen a lamer las escudillas!”
 Trata de oír, doblado sobre el pecho:
 “De mis entrañas siento en lo profundo
 120 un grande ejército y un feroz ataque!”
 Con rabia aprieta el poderoso puño
 hallar tratando en la negra escarcha
 su anhelo más grande y recordarlo.
 Y su memoria ciega a buscar lánzase;
 125 se agita sobre aguas, montes, pueblos
 y arroja su red como una araña.
 Suenan adargas, dichas, fuegos; lucha
 angustiado en la sima del olvido,
 y de pronto subió del negro abismo
 130 solo por la sedienta bajamar
 un recuerdo sonoro que llenaba
 la soledad de-voz-amarga del espíritu.
 Cual lento río en un fulgor rosado,
 el lucero reía se danzante,
 135 y débil, pálido, y con negro velo
 lenta en su patio una pequeña madre,
 doblando su espigado joven porte,
 mecía al niño en vacía cuna.
 Y en la verdura nueva se vertía
 140 como llovizna cálida de abril,
 con su tierno rumor, el miroloí:
 “Allí do vas, mi pequeña señora,

- la prima prima noche en las tinieblas
¿cómo la pasarás?
- 145 En la terrible soledad del miedo,
el son amargo cae a sus entrañas;
lejos se oyó del leñador el hacha
los cipreses cortar para la pira.
Relinchó la milicia, y en los campos
- 150 rompen en llanto los corceles cual humanos.
Y con su espíritu el señor
con rico cortejo de la tierra vase –
dos higos en la mano como miel
y fragancia lejana de una albahaca
- 155 y un canto amargo, muy amargo canto.
Cual si fuera un poeta, la tragedia
su flor más elevada le arrojó
azulada, vacía, ¡dicha a él!,
y desde la tierra el insecto rosado
- 160 dándole bienvenida apareció.

MOISÉS

El canto dedicado a Moisés al parecer nunca fue publicado y permaneció en el cuaderno donde se conservaron dactilografiados los poemas en tercinas, con excepción de *Lenin*, *Abuelo-padre-hijo* y *Toda-Raba*. *Moisés* parece reflejar las intensas reflexiones de Kazantzakis sobre Dios, a la vez que su admiración por los héroes rebeldes. Moisés encara a Dios y lo recrimina abiertamente, quejándose de su trato feroz y de la injusticia que será el no permitirle llegar a la Tierra Prometida: “¡Si Tú también tuvieras carne, huesos, en un bosque hombre fueras o animal, con ira cogerte del pelo! Mas ¿cómo asirte si eres humo, fuego? ¡Toma cuerpo si puedes; baja, Espíritu y yo pueda quebrarte el espinazo!” Después de cuarenta años de duro servicio a Dios, va a morir sin alivio y sin la más esperada recompensa.

- 1 Dios en los riscos, en enhiestas rocas,
se ha sacudido al mediodía, y sus barbas
nevadas por las cumbres despeñáronse.
Relámpagos azules arrojaban
- 5 sus ojos abisales, y a la arena
los peines ígneos del monte la peinaban.
Cual gigantesca mariposa el día
se balanceó en el aire con temor
y hormigueó la corteza de la tierra.

10 Tiembla la turba y un terror
 misterioso sentía que bajaba
 de lo alto del éter inflamado.
 “¡Moisés!”: como las aguas murmurantes
 suave y triste corre una voz por las laderas
 15 y suena en los oídos del barbicano pastor.
 Y él en la entraña sintió que el sagrado
 clamor lo golpea, mas no quiso moverse.

Con ira su negro rebaño humano
 otea abajo que hasta el fondo se hunde
 20 en los cinco cuencos del cuerpo, como cerdos.
 Sus harapos temblaron: difundióse
 ruido de llaves, de clavos, de cobre,
 y enroscados, grandes, brillaron en su pelo,
 en la cima escarpada de su testa,
 25 cual de chivo padrino, sus dos cuernos.

De nuevo como un león rugió la cumbre:
 “¡Moisés!” – y hasta abajo las piedras resonaron;
 mas se mordió los labios blasfemando
 el irascible solitario y se agarró
 30 para a Dios resistir, y, mascullando
 furiosa maldición en el oscuro
 valle de sus entrañas, estremecióse.
 Como mula bravía y desfrenada:
 “¡Maldito sea el corazón al que no basta
 35 el rencor de la tierra y precipítase
 a romper el dique entre Dios y el humano.
 ¡Ah, que el corazón a la tierra se mezcle;
 arcilla con arcilla y se alivie el espíritu.
 El puño que-combate-con-el-fuego toque
 40 un cuerpo cálido y el mundo se suavice;
 bebe agua, y la mente en la sien ruda
 cual surtidor se esparza refrescante!”
 “¡Moisés!” – el sismo, la garganta vera
 45 del Dios-turbión vuelve a rugir.

Movióse el hormigón de siete formas
 la mente humana – y trémula se enrosca.
 Saltaron las suturas de la testa
 y responde con miedo el conductor:

50 “¡Señor, me arrastra un envolvente sismo!
Oh Espíritu terrible, las rodillas pego
a la mísera tierra pedregosa:
perdóname, Señor, que no oigo bien!”
“¡Sube, Moisés, a la más alta cumbre!”
55 “¡No escucho, oh Dios, que zumban mis oídos!”
La vena de la ira entre las cejas
del Señor se engruesó y se desbordó
y espesas víboras sus barbas enredaban:
“¡Mira, cobarde, extiende el arcoiris
60 zumbando siete cuerdas en mi espíritu;
ponte de pie y aprieta bien tu cinto
y que tu lengua impúdica no tiemble!”

“Mudo he quedado y se nubló mi santa luz
y hasta mi boca hecha una ruina silba;
65 collar de yerbas púsose mi cuello,
y con débil riñón ataca tus ovejas
mi cerebro – chivato todo exhausto!
Cuarenta años esclavo a tu servicio,
mas aún en mi pecho queda llama
70 y tú quieras o no has de escucharme:
¡mi libertad la pido como pago!”

Una risa de trueno allá en las cumbres
de los cielos estalla y mil guijarros
precipítanse abajo por la arena:
75 “¡Me gustas!” E incendiáronse los bosques
de tu entraña; la punta del talón
oye que lamen dos panteras misteriosas.
“¡No quiero; no me empujes: soy tu hijo!
Con sudor, tierra y llanto me plasmaste
80 y ahora libre yérgome ante ti!
¡Porfía a la porfía! ¡No te rías!
La maravilla de la tierra santa,
esa tierra que mana leche y miel,
vas a negarme Tú y, al mismo tiempo,
85 el corazón me quebrarás aunque quiera
también algo alegrarse, y nunca yo
de él me preocupé y no me importa.
¡Vamos, y que se pierdan mis fatigas!
Pues no te creas que por Ti combato,

90 ni, mi Dios, tus mujeres y tus niños
 conmueven mis entrañas irritadas.
 Me aguijoneaba mi excesiva fuerza
 y mi mente bullía desbordante;
 mis rutas en mi pecho en abanico:
 95 mi juventud entre ellas elegía:
 rey o corsario, amante, en lo más hondo
 de mi entraña llameante se mezclaban.
 Mas lo quiso la suerte de improviso:
 tu camino, paciencia, lo tomé.
 100 Seguías Tú adelante hacia la santa pira,
 heno verde portando, y atraías
 la suerte del zafio pueblo bruto.
 Pero a mí, sabes, nunca me engañaste.
 Ígneo pilar guiabas nuestro sueño,
 105 halagos, amenazas, golpes dabas,
 mas cuando los dos solos quedábamos
 escribíamos – mudos y agachados –
 nuestro fiero objetivo aquí en la tierra:
 del desierto en la lucha jefes ambos.
 110 Hablo y estruendos mi mente destila,
 los artilleros de mi pecho humean;
 cual astas enroscadas en las mondas cumbres
 de la cabeza, y en las rocas del pensar
 arraigan y echan ramas los anhelos.
 115 El carcaj del espíritu llenóse;
 sufro también y peno yo, respeta
 estas mis manos, las legisladoras!
 ¡Si Tú también tuvieras carne, huesos,
 en un bosque hombre fueras o animal,
 120 con ira cogeríate del pelo!
 Mas ¿cómo asirte si eres humo, fuego?
 ¡Toma cuerpo si puedes; baja, Espíritu
 y yo pueda quebrarte el espinazo!”

 Clamaba el hijo del relámpago y su sangre
 125 subía, descendía, espumeante
 y temblaban sus dos caprinos labios.
 Y de improviso a la luz del fuego,
 entre los vahos del desierto hebreo,
 salta irritado un cuerpo gigantesco,
 130 alto fuerte inasible de la idea,

y una gozosa voz se oyó en la llama:
“¡Me gustas, hijo mío; eres mi carne!”
Como si bendijera pareció
una orgullosa mano de varón
135 al conductor que, erguido, vorazmente
el pezón del incendio succionaba.
Y al punto lo envolvió borrasca ardiente,
y solo, entre relámpagos y truenos,
a la cima más alta arrebatólo.
140 “¡Oh cumbres, sostenedme, que mi testa
de Jehová en la roca no se rompe!”

Mas la boca potente se escuchó
que-bate-a-los-humanos del desierto:
“¡Mantén en alto estas mis hornacinas,
145 y no te queme mi hálito, cangrejo!”
En las manos las tablas de su mente
recién nacidas, calidas, le hunde –
y sus huecos de sangre se llenaron.
El-de-siete-vidas tiende los dos brazos
150 y los mandatos coge velozmente
y lento y tardo en silencio léelas.
¡No quiero yo, pues abro nueva senda!
¡A los dos padres roba, mata, burla
y deshonra y camina lejos de ellos.
155 Y tú, esbelto pecado, que estés bien,
dulce raíz, gran dicha de la tierra!
Oh tú, mística vid y fresca parra,
que desde el cespó ombbligo asciendes
y cuelgas de la entraña del varón
160 el vértigo libertario, cual uva inmensa.
¡En mis riñones y en mis huesos busco:
te he superado, Padre mío, y otras
órdenes más altivas tomo yo!”

El rebelde clamaba y una gotas
165 de sudor y de sangre le corrían
de sus oídos y axilas velludas.
Cual leñador, su corazón golpeaba:
de la memoria el soto resonaba
y fogatas silbaban en sus uñas.
170 Y de repente callan cielo y tierra;

los vagabundos pensamientos se calmaron
 y el ala leve de Caronte alzóse.
 Suavemente los puños del varón se abrieron,
 desbordó el corazón polvo fragante
 175 y leve camomilo difundióse.
 Mas logró abrirse la orgullosa boca
 y gritó justamente al mediodía:
 “¡Socórreme, morir aún no quiero!”
 Tomó aliento y la mano con cólera golpea:
 “¡Tierra no soy y que me pises. Piensa:
 180 si yo faltara te devorarían
 el cerebro de lodo los viejos gusanos.
 Con esfuerzo te sostenía erguido:
 que fieras feroces no te devoraran
 y libertad pedía balbuceante!”
 185 Gritaba su verdad en el ardor
 y golpeaba sus plantas en el aire;
 mas las negras montañas se rieron;
 Dios reía y las tablas de la ley
 centellearon y la orgullosa testa cae
 190 del rebelde y destrózase en las rocas.

MAHOMA

Tampoco este poema fue publicado en vida de Kazantzakis. Y como en otros cantos, el poeta evoca los últimos momentos de Mahoma. Éste narra a Aísa, su amada, su terrible combate, sembrando a Dios entre los moros, cabalgando su camello de fuego. Enfrentado a una muerte temprana, pide a Dios que el cielo sea como es la tierra, que ha gozado él. Esta idea queda expresada por Jesús, hablándole a su Padre, en el canto *Cristo*.

1 ¡Mujamedú Razúl Alah!, la entraña⁹
 de las islámica arena suavemente
 al vaho matinal rosáceo clama;
 con júbilo el desierto, esa tigresa estéril,
 5 alarga sus rojizas patas, coge
 las humeantes troneras de La Meca.
 Caravana – los ángeles muévense a la luz

⁹ Mahoma, Profeta de Dios

- con sus blancos turbantes y albornoces
con palabras bordadas del Corán.
- 10 De bronce llevan cántaros, vasijas,
con agua-rosa a lavar al Profeta
que desnudo palpita en los guijarros
delante del oscuro granito de Alah
Y Azrael, Caronte arcángel, fulge
- 15 cual la llameante cola del cometa
y los llanos florecen asustados
clavelinas de fuego y rosas negras.
Y al Relámpago pies-de-fuego guía
en el santo estupor del alma que se acaba,
- 20 para que en él al cielo marche cabalgando.
Gira en la tierra la rueda del sol:
¡Cuándo, oh mi Dios, terminan las visiones
grandes del hombre, dichas y dolores
y que uno suba la santa escala de lo amargo
- 25 y persiga la negra golondrina,
el inasible Dios en el mismo aire?
- Palpita el corazón y la sangre festeja,
a la luz lánzase el lábaro rojo,
diz que inmortal la juventud florece
- 30 y al ave santa la sostienes en la mano.
¡Juegos vacíos en la senda del deseo!
Tú, arena, te mueves, y tú, bruma te asientas,
y se borran así como el rocío
los ejércitos de la mente nuestra
- 35 y coge la heredera ardiente araña
nuestros ojos, la boca y las entrañas.
Toma la risa a la arena hiena,
y una mañana en el suelo blanquean
ansias y huesos grandes, y al crepúsculo
- 40 el alma se diluye, huye la podre.
Y con temor Mahoma en la fragante
oscuridad, en las rodillas de Aísa,
en la tierna caricia femenina,
su terrible combate está narrando.
- 45 Los ángeles le alzaron rectos muros.
- fuego que-mata-humanos – Dios se levantó
y le suelta el garfio de la llamarada.
Chispea al punto la ceniza de la tierra,

50 agua manó el desierto y la miel
acre goteó en la entraña del heraldo
alas volviéronse las hojas de la palma
y flores encarnadas dan los cactus.
En camello de fuego cabalgando
- ígnea bandeja – sostenía a Dios,
55 lo sembraba a puñado a norte y sur
en el joven torbellino de los moros;
cogen fuego caballo, pies, entrañas
y en su cerebro ascendían humos.

Lento extiende las manos cariciantes:
60 las rodillas, los muslos de cristal
de la amada y sus fragantes trenzas
las despide, y con honda amargura
muy suavemente gime.

“¡Adiós, leves peinetas de la carne,
65 frescos estuches del varón, me mata
duro dolor, que – mira – desenvaino.
Si el precioso topacio de tu espíritu,
mi Dios, debo subir, también cantar
en el ramaje santo de tu árbol,
70 sólo esta recompensa yo te pido:
¡Ah, que tu cielo sea cual la tierra!”

Secretamente hablabas e insaciable
tu espíritu gozaba los tres bienes
más dulces de esta tierra:
75 bañados-en-deseo al postrer instante
te los envió a La Meca Dios como presente.
En los pechos floridos de la amada,
tus labios, tus narices y tus dedos
se despedían con ardiente anhelo
80 de la oración y del perfume y la mujer.

Y a lo lejos, en el bullicio de la arena,
ya apareció el cortejo de la salvación:
una triple cuadrilla cazadora,
hombres, chacales, lobos en la tierra
85 y ángeles raptos-de-almas en el cielo.
Fieras y espíritus se lanzan asesinos
a coger la preciosa presa tibia;

todos los diques de la cara se abren
y en la costra del último sudor
90 graznar se oyó como oscura corneja
de Caronte el feroz arco sangriento.
De la mujer se aferra a las rodillas:
“¡Dios mío, no me quites este cuerpo!
Ama bien, y perfuma y se recuerda,
95 y otra espada de guerra no tenemos.
Corazón mío, obrera, no te vayas.

Mas sus palabras se las lleva el viento.
Sobre su testa se detuvo alado
Azrael y se empaña el dulce mundo,
100 y a la cúpula salta el ronco heraldo
cosecha-vientos del Señor y empuja
al aire mismo con su amplio pecho.
Denso, granado, un heliotropo alzóse
en el negro alero del santo abismo.

105 Al meridiano cual espada pendió el día;
olor de chivo, de especias y de incienso;
se sofocan los patios, se oyen pasos,
caravana iniciaron densos pueblos
y ojos muchos velludos y fogosos
110 en las celosías brillaron almendrados;
corceles no nacidos relincharon
del tiempo escondido en los pesebres.
Una línea espadácea se colgó
en el pecho velludo de la tierra yegua.
115 Alambras y mezquitas, agua fresca,
blancos cipreses son los alminares,
mujer de Alah la tierra en la persiana
del sol toda dorada, y los templos
de Caronte en la cima nidos verdes.

120 Se abrieron los jardines del futuro
y allá a lo lejos divisaron bien
los ojos del corsario moribundo
el milagro del hechizado tiempo.
El semen cayó espeso en la matriz
125 lasciva de la tierra, y por doquier
hijos, nietos, su entraña desbordaba,

- incorporóse pálido, lo levantaban
 por las axilas sus nueve mujeres –
 cual vieja grulla – y lo sostenían
 130 pequeñas golondrinas en los brazos.
- Ya recorrió el ocaso el sol en sangre,
 rojas gotas cayeron a la tierra.
 Se arrodillan los fieles y temblaban;
 de su blanco cabello una guedeja
 135 llena de llamas igual que un espíritu
 se entremovió devoradora-de-hombres;
 subió grave palabra de lo hondo
 desde su fiero corazón, mas de improviso
 cortóse y sólo espuma derramó su labio.
 140 Hervían dentro de él desordenadas
 las pasiones. Rebélase un instante:
 “¿Por qué, mi Dios, me tomas?, que mi entraña
 aún no se marchitó sino florece;
 si dices que me amas, ¿por qué - yo clamo
 145 me da la muerte tu mano derecha?”
- Gime y la sangre ascendió azulada;
 ahóganse los ojos, los oídos,
 y el viejo luchador furtivo coge
 y con temor el puñal; y en el hombro
 150 alas de rebelión escucha y tembloroso
 se cernió en ese punto donde no hay
 otro camino ya para el abismo -
 en el “¿por qué, por qué?” terrible, último,
 del viajero, que no tiene respuesta -
 155 ¡en la más alta, muda, cima del humano!
- Gorgoteó la garganta y en los labios
 espuma blanca corre, y lo enjuga Asía
 con sus negros cabellos perfumados,
 con agua-rosa las narices mójale
 160 muy pálidas, y sonrió el rebelde.
 Suavemente tenía de la joven
 la débil mano y en el mundo hundió
 su mirada, y lenta y tardamente
 ya se despide de las cosas todas,
 165 arenales, montañas, datileras,

y la tierra, contenta, respondíale.
En los huesos, las piedras y las pieles
- y de dicha se ahoga su garganta -
ve cual el león en el tomillo púrpura
170 al Alcorán que yace bien saciado.
Sus impetuosos puños los contempla
y con la vista los acarició de lejos;
piensan su espíritu y su mente ahora
en los bienes gozados en la tierra
175 e infinita le pareció la dulce vida.

Buenas obreras - recuerdan aún -
dieron muerte y caricias y plegarias;
en guerra, en lecho y en la soledad
el difícil deber cumplieron bien
180 y de la tierra la estatura la elevaron.
Sus labios ya saciados se movieron:
“¡Alah, gracias te doy: buena la carga!”.

Se oyó a su lado aullar un perro negro
y empezaron los fieles el lamento.
185 Se abre la noche cual oscuro terciopelo;
y tiembla el luchador, se hace un ovillo;
en gotas los astros sus llamas arrojaban:
dones de cera a su negras bodas;
¡y él coge en las dos palmas de su mano
190 un puñado de arena tibia, estéril,
como un asalariado su jornal!